

OTRO PEREGRINO

Capítulo 1	Otro Peregrino.....	2
Capítulo 2	La Inglaterra Victoriana.....	11
Capítulo 3	Peregrinación hacia la Conversión.....	18
Capítulo 4	Conversión y Ministerio Inicial.....	55
Capítulo 5	Primeros Años en Londres.....	74
Capítulo 6	El Ministerio de la Predicación.....	113
Capítulo 7	El Ministerio del Tabernáculo Metropolitano.....	149
Capítulo 8	La Obra Social y Educacional.....	152
Capítulo 9	Etapa de Madurez.....	164
Capítulo 10	La Controversia del Declive.....	172
Capítulo 11	Últimos Meses.....	180
Bibliografía		181

Capítulo 1

“He aquí. . . un Hombre. . . Cristiano, pues ese era su nombre”

PRESENTANDO A CHARLES HADDON SPURGEON: OTRO PEREGRINO

La nieve caía mientras el viento que provenía del océano aullaba y cortaba hasta los huesos como con una lacerante espada. Hay pocos vientos tan fríos como el que se origina en Inglaterra en el mes de Enero, procedente del Mar del Norte. Inclinando su cabeza tratando de resguardarse del clima miserable, un frágil adolescente intentaba dificultosamente proseguir su camino. Quería llegar pronto a su destino aquel domingo. Era temprano. ¿Qué motivaría a un jovencito de la época victoriana, de sólo quince años de edad, para salir a la calle en un día como aquél? Definitivamente no podía haber nada que fuera lo suficientemente atractivo en Colchester, Essex, para que enfrentara con entereza una tormenta así en un día de semana, y menos aún, en un día domingo, destinado al descanso.

El muchacho se detuvo y contempló la nieve remolineante en la calle. El frío era extremo. La iglesia a la que pretendía dirigirse estaba aún distante. En ese momento recordó que su madre le había comentado acerca de una pequeña iglesia ubicada en la vieja calle de Artillery, a unos cuantos pasos adelante. Pensó: *‘la iglesia a la que pretendo ir está todavía a una distancia considerable; por tanto, voy a entrar en la capilla de la que me ha hablado mi madre’*.

¿¡Una iglesia!?! ¿Acaso iba a una iglesia? ¿Un adolescente normal caminaba en medio de la tormenta de nieve y batallaba con el viento cortante para ir a una iglesia en un horripilante día de Enero? ¡Seguramente hay toda una historia detrás de todo eso! ¡Y, efectivamente... la hay!

Charles, pues ese era su nombre, había decidido que asistiría a cada una de las iglesias del pueblo en que vivía, Colchester, una pequeña

comunidad a unos sesenta kilómetros al noreste de Londres, en el condado de Essex. Lo haría hasta encontrar la respuesta que buscaba. Tenía que encontrar *la respuesta*. Aclaremos que en la Inglaterra de 1850, que un adolescente de Essex fuera a la iglesia, no era sorprendente. En 1850 los ingleses victorianos eran notoriamente religiosos. Los historiadores están de acuerdo en que la religión permeaba en cada estrato de la sociedad. Pero visitar cada una de las iglesias del pueblo, especialmente si eso involucraba salir en un día como aquel, sobrepasaba lo usual, aun para los ingleses victorianos.

¿Qué respuesta buscaba Charles?

Todo comenzó algunos años antes, cuando el niño Charles entró en una habitación en la parte superior de la casa de su abuelo paterno, quien era un pastor protestante, un predicador congregacional. En esa húmeda habitación, el niño descubrió una copia del *Progreso del Peregrino*, de John Bunyan; lo hojeó, y ese clásico prendió en él la chispa de una preocupación. Ese libro puso a un nuevo peregrino en el camino.

Como el personaje de Bunyan, *Cristiano*, Charles se esforzaba para abandonar la *Ciudad de la Destrucción* y asirse a la salvación. *La respuesta* que buscaba se centraba en su conversión a Cristo. Él había fijado su visión en *la Ciudad Celestial*, y no sería desanimado.

Pero, a pesar de que buscaba la salvación por todos los medios, la paz de la redención lo eludía. Todavía cargaba un pesado fardo sobre sus hombros. Tenía que encontrar el perdón y el descanso. Sus lecturas de los ‘puritanos’ habían engendrado la culpa, el remordimiento y la miseria en su alma. Quería deshacerse de la carga y depositarla en el “sepulcro abierto.” Tenía una esperanza firme. Su herencia puritana le había enseñado eso. Razonaba con esperanza: “Ciertamente algún buen predicador me dirá cómo ser salvo, y cómo quitarme esta culpa y este sentido de pecado.”

Fue en esas circunstancias que recordó que su madre le había pedido que fuera a la iglesia metodista ubicada en Artillery Street. La madre había orado con muchísima frecuencia por la conversión de sus hijos. Charles nos refiere una de esas oraciones: “Recuerdo que en una ocasión, mi madre oró así: ‘Ahora, Señor, si mis hijos permanecen en

su pecado, no será debido a la ignorancia que perezcan, y mi alma dará un decidido testimonio en contra de ellos en el día del juicio, si no se aferran a Cristo'. Esa idea traspasó mi conciencia, y sacudió mi corazón.”

Entró a la iglesia donde sólo se encontraban unas quince personas. Se sentó a unas cinco o seis bancas de la entrada. Inclino su cabeza, no tanto por el frío y la tormenta, sino por la miserable carga de su corazón. Como era de esperarse, el pastor no pudo llegar aquel día, así que un miembro cualquiera de la congregación, un tipo larguirucho y delgado, ocupó el púlpito y leyó Isaías 45: 22. “*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.*”

Charles nos comenta que este individuo revelaba una completa falta de educación. Era tosco y su discurso era casi insoportable para alguien que poseía refinados oídos poéticos. Ni siquiera podía pronunciar correctamente las palabras. A sus quince años, Charles era sofisticado intelectualmente. Pero súbitamente, de manera inesperada, ¡sucedió! ¡La luz brilló en derredor! Parecía que el propio cielo hubiere bajado. La salvación de Cristo brilló en toda su plenitud.

En esa pequeña capilla metodista primitiva, y con la predicación de un hombre sin educación, comenzó una peregrinación ministerial que ninguno de los allí presentes habría podido soñar ni con la más descabellada imaginación.

Cuatro años más tarde, a la edad de 19 años, Charles Spurgeon recibió el llamamiento para ser el pastor de la histórica Capilla de New Park Street, en la ciudad de Londres. Cristianos notables como John Gill, Benjamin Keach y John Rippon habían servido como ministros de esa famosa congregación. Durante 37 años Spurgeon predicó allí, reuniendo a la asamblea evangélica más grande del mundo de entonces.

A través de los años, los elogios elevados en honor del joven predicador son casi increíbles. Davenport Northrop, un contemporáneo de Spurgeon, le llamó: “el más célebre predicador de los tiempos modernos... la figura más conspicua del mundo religioso... Saúl en

medio de los profetas, de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo.”

El teólogo alemán y profesor, Helmut Thielicke, declaró: “vendan toda la literatura cristiana que posean (incluyendo la literatura actual) y compren a Spurgeon, aún si tienen que buscarlo en las librerías de viejo. Dejen que él sea para ustedes un Sócrates que les ayude a encontrar su propio camino.” Andrew Blackwood preguntó: “¿Quién desde Pablo ha hecho tanta labor para el avance del Reino de Dios?” Phant y Pinson afirmaron, “el estilo oratorio de Spurgeon ha sido el mejor jamás producido por el púlpito cristiano.” B. H. Carroll, educador bautista, llegó a mencionar que Spurgeon destaca como el mejor predicador en toda la historia de la Iglesia Cristiana. Llamó a Spurgeon “el hombre más grande de los tiempos modernos.”

La causa por la que Spurgeon atrajo tantas loas es entendible. La simple montaña de trabajos que produjo en sus años de Londres fue asombrosa. Durante casi cuatro décadas de ministerio, Charles agregó casi 14,000 nuevos miembros a su iglesia. Al momento de su muerte en 1892, ya habían sido publicados 2,241 sermones. Después de eso, se publicó un sermón cada semana hasta 1917, que suman un total de 3,561 sermones. Durante un tiempo, los sermones de Spurgeon eran enviados vía telégrafo a Estados Unidos, y eran impresos en periódicos seculares en la edición del día lunes. Muchos consideran a Spurgeon uno de los diez autores ingleses más grandes, con un estimado de 300 millones de copias de sermones y libros que han conocido la imprenta. Sus libros viven hoy.

Uno podría racionalizar esta popularidad argumentando que los ingleses victorianos eran religiosos en grado sumo. Eran conocidos como una nación “que gustaba de los sermones,” y Spurgeon se convirtió en su día, en el príncipe de los predicadores. Multitudes llegaban para escucharlo. También leían con avidez sus sermones. Era natural argumentar que sus héroes eran de tipo religioso.

Pero el orador londinense se volvió muchísimo más grande que un mero fenómeno sociológico. ¿Qué era lo que poseía Spurgeon, qué era ese “algo más,” que cautivó a su día? La respuesta es simple, aunque muy profunda: Charles Spurgeon cumplió el papel de un cristiano genuino, un verdadero hombre de Dios, involucrado en otra

peregrinación en el contexto de un avivamiento espiritual genuino. Un avivamiento estalló alrededor de Spurgeon al poco tiempo de haber comenzado su ministerio en Londres.

En palabras de Spurgeon: “hemos sentido en nuestras almas, no que tal vez *podamos* tener un avivamiento, sino que *debemos* tenerlo. Debemos acercarnos al Ángel del Pacto y luchar renovadamente con la determinación de que no le permitiremos que se vaya, a menos que nos bendiga.”

El “Ángel del Pacto” no decepcionó al predicador, pues durante casi cuarenta años, las bendiciones del avivamiento fluyeron y alimentaron su ministerio. Esto se vuelve más y más evidente conforme uno camina con este “peregrino” del siglo 19, en ruta a la “Ciudad Celestial.”

Prerrequisitos de un Avivamiento

Vamos a tocar brevemente un tema muy importante, que es ‘el avivamiento’ que de manera tan significativa se hizo presente en el ministerio singular de Spurgeon. ¿Qué tipo de siervo de Cristo se requiere como pastor de una iglesia grande y creciente, que experimenta un significativo avivamiento espiritual? La respuesta es plural:

1) De manera fundamental, un exitoso siervo del Evangelio tiene que ser un ministro *lleno del Espíritu Santo*. Spurgeon ejemplificó suficientemente el significado de “estar llenos de toda la plenitud de Dios.” (Efesios 3: 19). El gran predicador dijo: “Si sólo pudiera decir una oración antes de mi muerte, sería esta: ‘Señor, envía a Tu iglesia hombres llenos del Espíritu Santo y de fuego.’”

En un sentido profundo, Spurgeon experimentó la plenitud del Espíritu. Sin embargo, al igual que muchos hombres espirituales eficaces, tenía muchos críticos. Fue víctima perenne de continuas andanadas de críticas hirientes. A pesar de ello, Spurgeon predicaba con un gran poder espiritual. Muchas conversiones tuvieron lugar entre quienes lo escucharon. Era un hombre “poderoso con Dios.”

2) *Un espíritu libre*, desprovisto del peso de la tradición, conforma otro de los prerrequisitos para ser útil. Spurgeon no podía ser sujetado por el rígido carácter Victoriano de su tiempo. Se convirtió en un

innovador estelar de primera magnitud. La predicación que fluyó desde su púlpito precipitó en sí misma una revolución. Fue castigado por los londinenses sofisticados como *vulgar* y *crudo*, pero su punzante estilo anglosajón intrigaba y cautivaba a la gente *común*, de tal manera que miles asistían para escuchar su sencilla oratoria. Spurgeon mismo se gozaba en su simple predicación *vulgar*. Decía: “Si yo fui salvado por un Evangelio sencillo, estoy obligado a predicar ese mismo Evangelio sencillo hasta que muera, para que otros sean salvados por él. Cuando cese de predicar la salvación por la fe en Jesús, pónganme en un manicomio, pues podrán estar seguros de que perdí la cabeza.”

Todas sus obras hablan a ese respecto. Los necesitados sentían que finalmente habían encontrado un espíritu libre que guiaría a los miembros de la iglesia a hacer lo que fuese necesario para satisfacer las perentorias necesidades de los pobres. Spurgeon, como un pájaro liberado súbitamente de su trampa, voló con un mensaje de fascinante libertad y frescura, que llevaba esperanza sobre sus alas para los problemas sociales y espirituales de Londres y del mundo. Y la gente *común* lo escuchaba con gusto.

- 3) Además, un eficaz ministro de Jesucristo debe ser un buen *pensador*, un pensador disciplinado. ¿Podía pensar Spurgeon? Nunca recibió una educación teológica formal. Se le criticó mucho por ello. Algunos críticos lo calificaron de “*aburrido*” y otros de “*estúpido*”. Spurgeon tuvo planes de asistir a un instituto teológico, pero las circunstancias conspiraron contra ello. Sin embargo, estuvo muy lejos de la mediocridad mental. Poseía un intelecto brillante. Toda su carrera como predicador confirmó esto. Era un ávido lector y poseía una mente fotográfica. Podía clasificar en su mente todo lo que leía, y poseía un don inusual para recordar instantáneamente lo que necesitaba. Acumuló miles de libros, y la mayoría de ellos eran pesados volúmenes teológicos. Sus observaciones y comentarios marginales nos hablan de cuán prolijamente los leía. Era un pensador y un estudioso sumamente capaz.
- 4) También, un ministro debe ser *humano*. Spurgeon respondía a esta exigencia. Amaba a la gente y su sentido del humor era contagioso y proverbial. Por ejemplo, durante una elección general parlamentaria, Spurgeon llegó inusualmente tarde a una cita en la que tenía que

hablar. Explicando su tardanza, comentó que se había detenido a votar.

“¡A votar!”, –preguntóle un crítico extremadamente piadoso- “pero, ¡mi querido hermano, yo pensé que usted era un ciudadano de la Nueva Jerusalén!”

“Lo soy,” -respondió Spurgeon- “pero mi ‘viejo hombre’ es un ciudadano de este mundo.”

“¡Ah!, pero usted debería mortificar a ‘su viejo hombre’” replicó el crítico.

“Eso es exactamente lo que hice,” argumentó Spurgeon, “pues mi ‘viejo hombre’ es un miembro del Partido Conservador y yo lo obligué a votar a favor de los Liberales.” Eso finalizó el encuentro.

Spurgeon recibió considerables críticas por inyectar una buena porción de humor a sus sermones. Se defendía diciendo: “Si ustedes supieran todo lo que me reservo, todo lo que no digo, no me criticarían.” Un interesante detalle de su sentido del humor nos lo proporciona la forma en que llenó una solicitud de un seguro de vida: en el cuestionario médico, una de las preguntas era: ¿ha sufrido usted convulsiones desde su infancia? La respuesta de Spurgeon fue: no, a menos que se refieran a convulsiones de risa.

Sin embargo, Spurgeon tenía su lado profundamente serio. A menudo sufría de depresiones, como se verá conforme se desarrolle su peregrinación: su gota reumática, entre otras cosas, y su misma predicación, eran causas que lo ponían muy tenso. Los diáconos tenían que venir y orar por él. Comentaba: “Cada vez que tengo que predicar me siento terriblemente enfermo, literalmente enfermo, y me siento como si estuviera cruzando el Canal de la Mancha.”

- 5) El ministro que aspira a ser poderoso ante Dios, *debe sentir la pasión de señalar a la gente la fe en Cristo*. La verdadera fe. La fe salvadora. En esto Spurgeon era notable. Su ministerio evangelístico era poderoso y tan profundamente apreciado como su ministerio pastoral, su predicación, y sus ministerios sociales. Predicaba en graneros y establos, en teatros, al aire libre y en cualquier lugar en que se congregara la gente. Su papel de pastor/evangelista fue lo que destacó en su ministerio. Spurgeon mismo decía: “no puedo estar contento ni siquiera por cinco minutos, si no estoy tratando de hacer

algo por Cristo.” También decía: “Yo preferiría ser el instrumento de la salvación de un alma, antes que ser el más grande orador de la tierra.” Transmitía esta pasión a otros. En 1867, el Tabernáculo Metropolitano contaba con 250 miembros involucrados todos en la obra evangelística.

Más aún, Spurgeon se dio cuenta de que si Londres debía ser conquistada para Cristo, el evangelismo debía centrarse en plantar nuevas iglesias. En esta labor Charles alcanzó la excelencia. Sabía que una pasión por las almas debía resultar en una obra práctica sensible, como empezar nuevas congregaciones. Comentaba: “Cuando ustedes se lamentan por la desigualdad del mundo... llorar no logrará nada si el llanto no va acompañado de la acción.” Como resultado de eso, ya en 1878, cuarenta y ocho nuevas iglesias habían sido establecidas bajo su guía, solamente en el área metropolitana de Londres. Las conversiones fueron innumerables.

6) Además, para que alguien sea usado en el avivamiento, *la oración y la tribulación* son esenciales. La tribulación siempre parece jugar un papel vital en la preparación de un siervo de Dios para que ejerza un gran servicio, por parte del Espíritu Santo. Las pruebas que soportó Spurgeon son legendarias. A través de toda su vida experimentó pruebas que lo llevaron a la desesperación, y gracias a ella, a ponerse de rodillas. Pero la desesperación siempre inspira la oración. Afortunadamente, Spurgeon heredó una iglesia que oraba grandemente. Él sabía y afirmaba: “las reuniones de oración son la maquinaria palpitante de la iglesia.” ¡Cómo oraba su congregación! Ellos oraron para que se diera el avivamiento. Pero la oración debe ser tanto personal, como grupal. ¿Cómo oraba Spurgeon? Parecía caminar en un espíritu de oración continua. No era dado a oraciones formales, pero oraba sin cesar. Podía pasar instantáneamente de una conversación con un amigo a una oración.

7) Sobre todo, un hombre de Dios, para ser usado significativamente por Dios, debe ser simplemente eso: *un hombre de Dios*. Spurgeon tenía muchos dones inusuales. Una mente brillante y una personalidad cautivante. Poseía una voz maravillosa y su don natural de habilidades oratorias sorprendía a las multitudes que llegaban para escucharlo. Podía organizar su trabajo de manera asombrosa, pero por sobre todo, amaba a Jesucristo con todo su corazón. Decía: “preferiría ser santo a ser feliz, si ambas cosas estuviesen

divorciadas.” Spurgeon tenía un propósito y una meta: exaltar a su Salvador con una vida piadosa y una predicación del Evangelio con poder.

Dicho sencillamente, Spurgeon, levantado por el avivamiento del Espíritu Santo, comenzó un peregrinaje que daría a Inglaterra y al mundo uno de los ministerios pastorales, evangelísticos y sociales más grandes. El hombre llamado *Cristiano* había llegado y el mundo pronto lo sabría.

Presentar un recuento cronológico rígido del peregrinaje de Charles Haddon Spurgeon, sería muy difícil y de poco provecho. Es preciso entender la dinámica de su ministerio. Por tanto, esta presentación será tanto tópica como cronológica, aunque seguiremos una secuencia general de los eventos. Además, para entender a cualquier personalidad, uno debe entender el tiempo y el lugar en que esa persona vivió. Por tanto, daremos primero un vistazo al Londres victoriano.

Autor: Allan Román.